

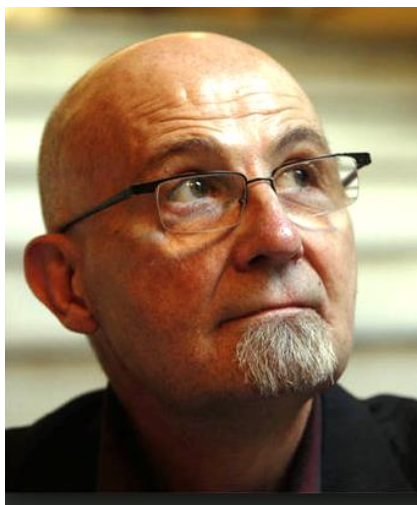
DEMASIADOS AÑOS SIN RAFAEL DEL ÁGUILA: EL GIRO TEÓRICO DE LA CIENCIA POLÍTICA EN ESPAÑA

Julián Sauquillo González

Catedrático de Filosofía del Derecho. UAM

1. LA INSIDIOSA FORTUNA

Samuel Beckett advirtió que “la muerte no te pide día libre”, en un pequeño ensayo sobre Proust. Afirmación tanto más inapelable cuanto más nos internamos en la edad tardía. Sin embargo, tanto más inoportuno resulta la muerte cuanto más joven es la persona que perdimos. Rafael del Águila tenía apenas cincuenta y cinco años cuando dejó de existir. Y, a pesar de ello, dejó una obra original y de solidez excepcional, una opinión brillante sobre la actualidad política desde la SER y una presencia de la historia de la teoría política en los planes de estudio de la Universidad Autónoma de Madrid, explicable por el impulso del Centro de Teoría Política, que puso en marcha con su colega y, por encima de todo, amigo Fernando Vallespín. En el umbral del décimo aniversario, la Universidad le tiene muy presente. Pero a los vivos nos corresponde luchar contra el olvido y realizar un recuerdo agradecido.



Rafael del Águila (1953-2009)

Su interés por el mundo antiguo y sus reapariciones renacentista y barroco fue comparable al de su maestro D. Francisco Murillo Ferrol, gran maestro en nuestra Universidad. Por ello, sin duda, debió conocer la reflexión del filósofo y emperador Marco Aurelio: tras la muerte, unos son olvidados, algunos se convierten en mito y otros son devorados por el mito. Creo que a Rafael del Águila le liberó de cualquier mitificación devastadora otro de sus maestros reconocidos, José Luis García de la Serrana. Quizás a la influencia de este último, tan valedor de la Escuela de Frankfurt, se deba su estilo premeditado de “*homme de lettres*”, poco universitario, pero, definitivamente, enriquecedor de cualquier Universidad humanista que se precie. Si Rafael ni es mito, ni sufre la devastación mítica, pende inexorablemente, como todos, de la sombra del olvido. Hector Abad Faciolince escribió, en *El olvido que seremos* (2006), que “todos estamos condenados al polvo y al olvido”. El título de libro tan extraordinario es una perífrasis de un verso de Borges: “ya somos el olvido que seremos”. Mis letras subsiguientes son una recusación de Borges al que Rafael del Águila admiró tanto cuando reparó

también en su: “nos une el amor sino el espanto” para abrir su *La senda del mal, Política y razón de Estado* (Madrid, Taurus, 2000).

Con apenas veintisiete años había concluido una tesis que se publicó como *Ideología y fascismo* (Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1982) donde mostraba su preocupación por que Marx hubiera sufrido una edulcoración de su contenido más corrosivo al entrar de lleno en los medios universitarios. No es extraño que eligiera a un nómada tan activo y desubicado como Marx en el exilio londinense para iniciar su andadura y tampoco que fueran dos errantes a la fuerza como Adorno y Horkheimer quienes le ofrecieran un paso más seguro y menos zozobante entre el proceloso mundo de las interpretaciones marxianas ya dominada por las ortodoxias. Pero creo que fue Maquiavelo, el pensador político más expuesto a las eventualidades de la vida, quien representa su motivo fundamental. A Rafael debió fascinarle esa caída en la desgracia, en el infortunio, del gran humanista que tras desenvolver su actividad en la corte republicana debió perseguir el favor de Lorenzo de Medicis para alimentar a su familia. A Rafael le atrapó un buen conocedor de los clásicos latinos que disfruta con la caza de tordos y la conversación de los campesinos, porque este excelente politólogo de la Universidad Autónoma nunca se privó de ser mundano y apenas se protegió, como hacen los más melifluos, de los placeres más envidiables de la vida.

Pero creo que, ante todo, a Del Águila le entusiasmó de “Il Machia” las paradojas que encierra la construcción de la propia personalidad ante los avatares de la vida y la existencia, antes o después, abrupta, inclemente y seca. De uno de sus viajes académicos, le recuerdo en pleno retorno entusiasmado con la lectura de *Coriolanus* (1623) de William Shakespeare. Había descubierto en el dramaturgo inglés un texto político que planteaba cuestiones maquiavelianas de suma trascendencia. Rafael Del Águila siempre destacaba que la prudencia y la elección del *kairos* son elementos esenciales de la acción que pretenda tener éxito. Sabía cómo los mejores que entre la nitidez, la traslucidez y la opacidad se recorren todas las intensidades de luz que pueden alumbrar nuestras acciones, mucho, demasiado incluso, escasamente y apenas nada. Y en aquella dramaturgia del barroco inglés había descubierto todos los avatares posibles de la Fortuna. Su viejo amigo Fernando Vallespín –con quien formó un “tandem” indestructible de “introvertido” y “extrovertido” que hubiera fascinado al propio Carl Jung- ha resaltado que le llamó la atención al verle por vez primera un cuerpo tan grande que hacía muy pequeña a una cabeza con un contenido excelente.

Su *La república de Maquiavelo* (Madrid, Tecnos, 2006), escrito con Sandra Chaparro, es la monografía de madurez, acabada al mejor nivel sobre el virtuoso florentino. Rafael Del Águila era un determinista corregido como el florentino y no un pesimista empedernido. Aunque sus raíces familiares son castellanas, no le veo participando de ese viejo dicho tan dañino afirmativo de que “a la ocasión la pintan calva”. Menos barroco que florentino, le considero a Rafael Del Águila participe de la versión más optimista y menos oscurantista del florentino. Más cercano a la visión de la ocasión pintada por Francis Bacon que a la de nuestros viejos maestros del barroco, a Rafael Del Águila, creo, le complacería ver a la Ocasión, como el pensador inglés en *The Essays or Counsels civil and moral* (1597-1625), encarándonos con todo el flequillo frondoso, largo y vuelto hacia la cara con la jarra de vino disponiéndola con el mango hacia nosotros, invitándonos. Pero completamente calva, una vez repudiada, por detrás, y saciándose ya con la jarra, como si pareciera desquitarse despechada de nuestra indiferencia.

Aunque tenía una personalidad presta a comprometerse, no le atrajo nunca la política activa. Tuvo alguna pequeñísima navegación de cabotaje por la política real que él mismo presagió se hundiría al momento de no hacer pie en el agua. Y, efectivamente, naufragó a las orillas de la isla del estudio en dos meses de travesía. No sé si fue porque a los mejores teóricos de la política no se les reservó el triunfo político. Rafael conocía esa imagen de Maquiavelo intentando formar a la caballería a golpe de tamboril sin acertar a poner orden. Creo que a ambos les apasionaba más la reflexión que la intervención política directa. Por su corta edad en los comienzos de la transición, Rafael del Águila representa una politización anticipada de toda una generación de politólogos españoles. De la parte de

las tradiciones académicas españolas valoraba imprescindible el magisterio de Francisco Murillo Ferrol, tan capaz de escribir *Saavedra Fajardo y la política del Barroco* (1957) como *Estudios de Sociología política* (1972). Como renovador de las estructuras de investigación universitarias de la época Rafael fue un rebelde. Era un claro exponente de la “lucha con el padre” —con la generación de políticos y universitarios franquistas— en que se formó buena parte de la mejor sociología política en la historia contemporánea. Inició su investigación con una tesis doctoral sobre la teoría de las ideologías como método para analizar el fascismo español y, más en concreto, los escritos de José Antonio Primo de Rivera (*Ideología y Fascismo*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1982).

2. ESTRUCTURA DE PODER E IDEOLOGÍA DE CLASE.

Una de las características más señaladas de su teoría es su completa unidad. Entre *Ideología y Fascismo* y *Crítica de las ideologías. El peligro de los ideales* (Madrid, Taurus, 2008), su primer y su último libro, los problemas políticos analizados responden a un plan de trabajo perfilado desde sus inicios teóricos que sólo van modulándose a los cambios históricos y sociales que se produjeron en más de veinte años. Se puede elogiar la sobriedad de una obra que responde a un plan sumamente riguroso sin dejarse llevar por modas o circunloquios intelectuales. En *Ideología y Fascismo* elabora una construcción rigurosa del concepto de ideología en torno a K. Marx, G. Lukács, A. Schaff, L. Althusser, E. Durkheim, V. Pareto, T. Geiger, K. Mannheim,... La teoría de las ideologías y la problematización de los universales son dos constantes en su obra.

Su primer libro es ya una toma de posición filosófica en torno a los dilemas, imbricaciones y paradojas que plantean el método y el objeto de estudio: la teoría de las ideologías y las ideologías totalitarias y autoritarias. Para Del Águila emprender una genealogía nietzscheana del concepto de ideología que renueve sus usos más tópicos nos saca al encuentro de Maquiavelo (función de la moral y la religión; relación fuerza-convicción; diferencia ser-apariencia; actitud reveladora). La formación clásica de Rafael Del Águila era muy amplia. El diálogo con fuentes tan diversas como Hobbes, Destutt de Tracy, Marx, Hegel, Freud,... le permitía sostener tesis fuertes como que el marxismo incurrió en un reduccionismo sociológico para plantear giros teóricos que iban de la teoría de las ideologías a la sociología del conocimiento.

Poco dado a los clichés teóricos, Del Águila podía plantear sus distancias con el marxismo y utilizar sus diferenciaciones entre ciencia, teoría e ideología con un sentido más renovado y sugerente. Puede que *Ideología y Fascismo* sea ya una cartografía completa de sus itinerarios como politólogo pues a su visión permanente de los clásicos y a la apertura hacia el pensamiento contemporáneo le añade una visión crítica acerca de los intelectuales y la función de las utopías. Ya entonces a Rafael le extrañaba que intelectuales como Karl Mannheim confiara en una superación de los conflictos de intereses por la “intelligentsia”, capaz de sobreponerse al conflicto social para ofrecer una visión neutral de las ciencias sociales, útil a la totalidad social. Al autor de *La senda del mal* le parecía que no hay una educación unificadora por encima de los intereses y le resultaba una ficción consoladora toda concepción del intelectual desclasado.

Más partidario de la perspectiva de Max Horkheimer, supuso que los diversos mundos de representaciones de clase se enfrentan unos con otros. La visión de Del Águila de la realidad era ineluctablemente conflictual y el intelectual ocupa como los otros actores sociales una función real dentro de una estructura de dominación escindida entre dominantes y dominados. Ya su estudio sobre el papel jugado por la Falange en los preparativos del golpe de Estado en España es claro en su materialismo conflictual: el fascismo surge cuando el liberalismo decimonónico quiere luchar contra el marxismo y romper por la fuerza la supuesta naturalidad del equilibrio social de la II República. Quizás el mejor libro publicado sobre la transición política española, su segunda publicación importante escrita con Ricardo Montoro, *El discurso político de la transición española* (Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, Siglo XXI, 1984), también dio muestra de una función reveladora de los conflictos subyacentes a los discursos políticos de la transición, finalmente cerrados

en una coyuntural negociación que aparece bajo la forma de consenso general e incuestionado por todas las partes.

Allí reconoce que la teoría clásica de las ideologías tiene un fondo de verdad pero que no puede hablarse de estructuras espirituales objetivamente dadas. Era necesario combinar una sociología del conocimiento con una teoría dinámica de la historia. El sentido dinámico de la lucha de clases tiene que considerar que la posición social no da una determinación absoluta. En sus propias palabras, la complicada trama histórica que nos permea no es una marca de nacimiento cristalizada definitivamente sino un movimiento, un proceso, que no se explica como un “a priori”. Rafael Del Águila ya se planteaba en su primer libro que había que buscar el propio “estilo de pensamiento” porque los hombres no pensamos en “receptáculos cerrados”. Rafael Del Águila se mostraba allí como partidario de un marxismo sin absolutos. O, incluso, como un proseguidor de Marx contrario a los marxistas encerrados, ellos sí, en un mecanicismo reduccionista. Me parece que Rafael fue un foucaultiano “avant la lettre”. Recuerdo que, a finales de los ochenta, me alentó a proseguir con la defensa de Foucault en el entorno de los estudios jurídicos a través de la lectura que del francés había realizado Richard Rorty en *Contingencia, ironía y solidaridad* (1989). Pero, mucho antes, su revuelta interna dentro de la teoría de las ideologías resulta muy foucaultiana. ¿Por qué suponer que existe forma de salir de las ideologías con preclaras teorías y concepciones científicas en vez de suponer que todas las ideas, incluso las más contrastadas, también son ideológicas? ¿No incurren en un cierto naturalismo los que defienden que cuando salimos de las distorsionantes y corruptoras ideologías arribamos a la pureza de la verdad?

El joven autor de *Ideología y Fascismo* ya veía que no existe mancha execrable en el conocimiento sino ausencia de conciencia pura e ideal. Siempre estamos dentro de la lucha por el conocimiento y es idealista suponer que existe un “taller” de las ideas verdaderas. No hay un nivel científico verdadero al que se opone la ideología. Sólo existe saber encarnado en las relaciones de poder. Aquí se manifestaba más que como un marxista como un nietzscheano que comprende que la verdad es como la centella que surge del choque de dos espadas. Y no existe otra verdad en el mundo social. Vean su prosa nietzscheana: “(...) no hay pensamiento “puro” y al igual que el alacrán se suicida con su aguijón dentro de un círculo de fuego y necesita los atributos de “alacranidad” (la propiedad venenosa de su aguijón) para terminar consigo mismo, así lo dado sumerge en sus contradicciones a todo lo que le rodea, incluyendo al pensamiento verdadero, y, sin embargo, será el desenvolvimiento de esas contradicciones, proceso en que el pensamiento no es un simple receptor, sino activo participante, lo que acabe por llevarle a nuevas formas de existencia que puedan ser aunque aún no sean” (pág. 130).

Aquel muy joven y brillante pensador argumentaba con Walter Benjamin a favor del “poquito de contrasentido” que requiere la razón. Toda forma racional se explica en referencia a lo externo a ella misma, a lo irracional o a lo extrarracional. Nada más frankfurtiano y foucaultiano. Como estas dos tradiciones postmarxistas, supuso que cualquier pensamiento que no pretenda nacer muerto y controlado por el poder tiene que pensar más allá de lo que el pensar puede. Pretensión también muy foucaultiana que estaba ya en sus primeros escritos en el límite externo del orden del discurso académico. Quizás el malogrado profesor José Luis García de la Serrana fue su mejor maestro, por supuesto por su talento, pero también por ser excéntrico a la academia y un lector empedernido y bastante estafalario. Aquellas clases universitarias del profesor granadino en las que los diálogos platónicos no eran entre Sócrates, Lísimaco, Calicles y Gorgias sino interpretados por el propio profesor entre Horkheimer, Wittgenstein, Adorno, Popper, Ayer, Habermas, Marcuse y Carnap debieron ser claves en la formación conceptual pero también existencial de Rafael Del Águila.

3. INSERCIÓN DE EMANCIPACIÓN, AUTENTICIDAD Y DEMOCRACIA EN LA TARDOMODERNIDAD.

En su último libro, *Crítica de las ideologías*, retoma al primero y es, igualmente, fundamental en la comprensión de su visión conceptual. Vuelve al análisis de las ideologías como “constelaciones de conceptos” pero para estudiar tres constelaciones ideológicas más prestigiosas que el fascismo y que, tomadas en términos absolutos, también encierran en cuanto ideal sus peligros: el ideal emancipador, el ideal de la autenticidad y el ideal de la democracia. Del Águila observa los problemas políticos actuales como radicalmente ideológicos. El poder que enfrenta a las partes en la actualidad está mediado por la ideología. En sus propias palabras, las constelaciones conceptuales entretejidas con el poder acercan a las sociedades a una dialéctica amigo-enemigo. Primero “encallecen” moralmente a los individuos y, seguidamente, les conducen a la violencia, la matanza y el genocidio. De ahí que emprenda el balance de la “era de la violencia idealista” del siglo XX, que estimó sus víctimas violentas en al menos ciento ochenta y siete millones de muertos, con un tono admonitorio. Su lectura es imprescindible porque cierra un balance inapelable sobre la indigencia del juicio político en la sociedad actual. Bajo su escrutinio caen constelaciones ideológicas muy diversas y cercanas: jacobinos, anarquistas, marxistas, comunistas, identitarios, nacionalistas, fascistas, racistas, fundamentalistas, terroristas islámicos, imperialistas ilustrados, cristianos milenaristas o providencialistas y neoconservadores. Todas estas ideologías movilizan con fe ciega aunque se orienten por intereses crematísticos.

Sus primeros libros encierran ya todos los temas que desarrolló posteriormente con una unidad y renovación asombrosas. *Ideología y fascismo* (Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1982) expone el inicio de un ciclo que cerrará con su último libro. Allí aparece su formación frankfurtiana, marxista y neomarxista, con la que elabora una teoría crítica de las ideologías que le sirvió para encarar tanto el discurso político fascista y falangista como los discursos de las élites políticas de todo el arco ideológico durante nuestra transición (con Ricardo Montoro, *El discurso político de la transición española*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, Siglo XXI, 1984). Pero el ciclo iniciado con *Sócrates furioso: el pensador y la ciudad* (Barcelona, Anagrama, 2004) fue el más representativo de esa liberación del estilo en la reflexión y la escritura. Una advertencia de *Sócrates furioso* es bien ilustrativa de esta pérdida de lastre. Cargar el texto de notas a pie de página le parecía una molestia para el lector porque resulta un engorro semejante al que experimenta quien está haciendo el amor en un piso alto y tiene que bajar al portal de su edificio para atender la puerta ante la más inesperada e inoportuna visita.

Rafael Del Águila había adquirido un inusual oficio para combinar materiales que iban de los diálogos socráticos de Platón a los discursos políticos, pasando por las instrucciones reservadas de los terroristas islámicos, para realizar propuestas sugestivas, cuando no abiertamente nuevas, contra el absolutismo de las ideas, una vez que se trasforman en ideologías y dejan de componer argumentos. Tanto el *Sócrates furioso* como en *Crítica de las ideologías* encontró esa soltura de estilo, a vuela pluma, que le permitió ultimar un pensamiento novedoso, iniciado con apenas veintiséis años.

De entre mis recuerdos de Rafael Del Águila con filósofos morales, destaco nuestra coincidencia en Dénia con el profesor José Luis López Aranguren, quien dirigía un curso de Filosofía Moral y Política en su Universidad de Verano en 1994. Todavía jóvenes fuimos alentados por la alegría del “viejo maestro”, en expresión de Elías Díaz, plétorico de jovialidad. A Rafael Del Águila no le faltó hasta el final la serenidad antigua para distinguir qué dependía de él –fundamentalmente, el avance de una escritura y un pensamiento que cuidó hasta el final- y que no –el amor, la enfermedad, la suerte monetaria, la muerte..., como nos recuerdan las *Pláticas* de Epicteto. Su actitud filosófica coincide con la serenidad inquebrantable que mantuvo y con la actividad reflexiva que sostuvo de principio a final.

Desde *Ideología y fascismo*, puso en movimiento el debate entre la escuela de Frankfurt con la escuela de Viena, sin que el interés por el pensamiento contemporáneo (inculcado por el malogrado José Luis García de la Serrana) descuidara el estudio de los clásicos (dentro del magisterio de Francisco Murillo Ferrol). Creo que no fue deconstruccionista, como tantos otros, en la disolución de todos los absolutismos frecuentes en torno a las ideas políticas. Aunque no le desagradara el talante de Jacques Derrida, no podía estar de acuerdo con la perseverancia francesa en escribir correctamente un libro y premeditadamente confuso el otro. Creo que cumplía el principio moral weberiano de hacer de la claridad en la escritura una buena muestra de probidad intelectual. Con frecuencia, ironizaba al pronunciar esa frase que aconseja ser oscuro si no puedes ser brillante, para dismantelar tal despropósito.

Su “tour de force” podía ser germánico –así su influencia recibida de Mannheim, Adorno y Horkheimer- pero pasado fundamentalmente por la claridad de las aportaciones universitarias de EE.UU. Su “ampliación de estudios” norteamericana fue impulsada por la influencia que ya había tenido entre los politólogos la escritora Hanna Fenichel Pitkin. *El concepto de representación* (1972) y *Wittgenstein, el lenguaje, la política y la justicia* (1972, 1984 y 1992), de la escritora judía alemana exiliada, habían sido traducidos entre su entorno universitario más cercano para el Centro de Estudios Constitucionales. Pero de su viaje transoceánico vino más seducido por Richard Rorty o Michael Walzer que por la esquiava autora a las que había dedicado sus mejores ilusiones. Creo que ideas como la elaboración del concepto de justicia por ampliación del círculo de la solidaridad o la misma confesión biográfica, ciertamente hedonista, de Rorty sobre la importancia de no renunciar a la colección de raras orquídeas del niño que cultiva su primera sensibilidad o a la exquisitez del Marcel Proust para mayores, en aras del acrecentamiento de la solidaridad trotsquista, debió estimular el pensamiento de Del Águila, por entonces, convencidísimo de la necesidad de superar los lugares comunes de la izquierda más dogmática.

Michael Walzer, al que también tradujo, es tanto el autor de los límites de la guerra como de su necesidad y su escepticismo a que existan soluciones plenamente satisfactorias para vecinos que históricamente no se entienden (“las buenas fronteras hacen buenos vecinos” que volcó al castellano) debió surtirle a Rafael de buenas razones para no buscar soluciones incommovibles para los conflictos políticos. A fin de cuentas, un autor como Walzer, que hiciera hincapié en que no hay un “principio arquimédico” para todas las cuestiones de justicia pública sino “esferas (públicas) de justicia” diferentes, sintonizaba decisivamente con la disolución de incontrovertidos resultados que Rafael del Águila deseaba para los dilemas políticos. Su diferenciación entre “implacables” e “impecables” queda como una tipificación de los extremos perniciosos que se dan en el tan airado y violento campo político español.

Indudablemente, sin el impulso que dio a la teoría política en la Universidad Autónoma de Madrid, nuestro campus no sería tan rico en ideas. Los que tuvimos la suerte de conocerle no podemos sino recordarle con profunda admiración y gran afecto.